miento, la proximidad de alguien que le desagradara, un mozo de café desapacible, bastaban para curarle de un capricho, de una expansión, de un apetito.

Esta sensitividad nerviosa, esta sacudida constante de las impresiones, desagradables en su mayoría, y repugnando más veces que acariciando, las delicadezas íntimas de Demailly le habían hecho melancólico. No melancólico triste, con amargas frases como un libro, melancólico dulce como un hombre de ingenio y de mundo. La ironía era su diversión y su consuelo; una ironía tan fina y velada que, muchas veces, él solo estaba en el secreto de su risa interior.

Carlos no tenía más que un amor y una fe: la literatura. Era su vida, su alma. Se había consagrado por entero á la literatura, enterrando sus pasiones, la fiebre de su temperamento, bajo frías apariencias.

En lo demás, Carlos era un hombre como los otros. No carecía de la individualidad y del egoismo de los escritores, de las fáciles decepciones del hombre de imaginación, de las inconstancias, en afectos y gustos, ni de las brusquedades y cambios. Era débil. Necesitaba prepararse para una resolución vigorosa ó violenta, excitándose y arrastrándose á sí mismo.

¿Las energías físicas forman el carácter del hombre? ¿Las cualidades morales y espirituales, no serán, ¡oh miseria! más que desarrollos ó estados morbíficos de un órgano? Carlos debía tal vez su carácter y sus languideces, como sus pasiones, á su temperamento ó su naturaleza enfermiza. Quizá también provenía de la misma causa el secreto de su talento, ese talento nervioso, raro, exquisito en la observación, siempre artístico, pero desigual, lleno de sobresaltos, é incapaz de conseguir el reposo, el aplomado equilibrio de toda obra sinceramente grande y bella.

Carlos Demailly, se confesó á sí mismo, en el diario de su alma, que su mano, sus ojos y su pensamiento, recorrían, posándose, á la casualidad, en algunas páginas...

XVII

«...El placer más alto me lanzó al hastío más profundo. Estoy mal organizado; me fatigo en seguida. Las alegrías bulliciosas abaten mi alma; los goces consumen todo mi sér; postración y disgusto de lo que deseaba, tristeza, informe, ténue, sin límites. Mi cuerpo y mi espíritu desfallecen. Pasados los ardores, la saciedad aborrecible, una indigestión moral, un vacío... un jarro de agua sobre la cabeza...

«*Febrero, 7:* Vendo á un editor mi primer li-

bro... Atravieso el jardín de las Tullerías, corriendo, feliz, ligero como una pluma, respirando con ansia, y sonriendo con placer... Llovía... En el jardín, algunos chiquillos amasando barro; mirándome reían, sin saber por qué...»

«*Mayo*: Detrás de la iglesia de la Magdalena: —«¿Puedo escribir á usted?—Mi marido abre todas las cartas...» Ella se detiene; yo me apoyo en el escaparate de una tienda:—«¡Es imposible!...» Un silencio; ella se pasa la mano por los ojos...— «¡No!...—¿Imposible? ¡Oh! señora; una mujer...» Ella se revuelve, agitada.—«Vale más no vernos. —¡Oh! señora... Hagamos la novela del amor.— ¿La novela? (suspirando) ¡Es muy serio para mí!... (sonriendo) Mi marido no quiere que yo lea novelas...» Fija en mí sus ojos, y luego dice bruscamente:—«¡Separémonos!—Sí señora; con una condición: que me permita usted seguirla...» Atraviesa la calle; una boda sale de la iglesia. Nos detenemos; un rayo de sol ilumina la frente de mi amada...—«Mire usted á la novia... ¿es bonita?...» Yo, emocionado:—«No me deje usted así... ¡volvamos á vernos!—Para usted sería un juego este amor, para mí una cosa muy seria. De mí ha partido la provocación... excité un sentimiento... fuí imprudente... Dije palabras que se vinieron á mis labios... sin meditarlas... Para usted, esto nada significa... Pronto, ni el recuerdo... Sí; es mejor que

no haya nada entre nosotros...» Yo protesto seriamente. Ella, emocionada, languideciendo: «¡Ah! Me ha gustado mucho verle á usted de cerca... Hasta hoy siempre le ví tan lejos...» Bruscamente: —«¡Salúdeme y váyase!... ¡Mi marido!»

«*Diciembre de 185*...—No sabiendo qué hacer, entro en un teatrillo. Mujeres en los proscenios y en las plateas, algunas veladas cuidadosamente, dejándose ver apenas por algún hombre á quien miraban solícitas; otras, amenazando y sonriendo á los jóvenes, mostraban sus manos blancas y sus dientes provocativos. Notábase al entrar ese olor de carne lasciva y perfumada que se nota en las viviendas galantes. Muchos hombres acicalados con primor femenil, recostábanse como las mujeres, buscando posturas, y se abanicaban con los periódicos, gesticulando para lucir el brillante de una sortija, hundiendo, como un peine, los dedos en su cabellera de androgynos, ó llevándose á la boca el puño del bastón...

«*Noviembre*.—No he dormido en toda la noche y me levanto de la cama como se levanta de la silla el hombre que pasó toda la noche jugando. Una esperanza me anima... Sólo tiene un acto la obra que presenté, pero es una manera de hacerse conocer. No tengo paciencia para esperar la contestación; huyo de mi casa, voy al campo, y en el tren, como un estúpido, miro desde la ventani-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. REYES"
MONTERREY, MEXICO

lla los árboles y el horizonte que gira... Siento ansia de andar. Entre las brumas doradas y azules del otoño, avanzo por el camino de Bellevue. Acompañado por una chiquilla rubia, encuentro á una mujer, con la cual tuve intenciones de casarme; lo pensé muchos días con insistencia. Ya es madre. ¡Oh! El pasado revive al verla ¡Tantos años! Me da noticias de casamientos y de muertes, y me reprende con dulzura por haber olvidado á mis amigos... Tropiezo con uno que sale de la casa de salud del doctor Fleury: es el viejo coloso del drama: Federico Lemaitre... Y en todo, en aquellos caminos, en aquellos encuentros, en mi vida muerta, en los recuerdos que resucita el azar, en la sombra de mi juventud que se aparece... ando, viéndolo y oyéndolo todo, como un presagio, que no sé descifrar.

»*185*...—La mujer lucha constantemente. Su debilidad la exalta; lo pequeño y lo grande son pretexto á que tome la defensiva; parece que, á sus ojos, la razón de su existencia es una lucha continuada, que sostiene por gusto, aprovechando los menores motivos que su caprichosa voluntad elige.

La mujer gana en esos corteses y sordos, pero irritantes combates, una dominación abandonada, una victoria sobre nuestro cansancio, y á la vez algo del desprecio del hombre, que no puede

gastar su fuerza y sus energías en triviales desavenencias por todo y á todas horas.

»He ido á Bougival para ver un cuadro de Grancey. Esa tierra es el taller, la patria del paisaje. Cada revuelta del terreno, cada grupo de árboles, recuerdan un cuadro. Es como pasearse por la la paleta de casi todos nuestros paisajistas. Hay remansos de agua, recodos verdes y sauces frondosos, que parecen dispuestos con arte solamente para servir de modelo á un pintor. En Bougival, más valor que las propiedades tienen las *composiciones*, las *perspectivas*, las *puestas de sol;* no es una campiña, es un museo. Grancey es el decano de Bougival, donde Pelletan fué su profeta, Historia y reliquias; la casa de Lireux y las comidas, al aire libre, los domingos; La casa de Odilon Barrot y el kiosco propicio á las digestiones de ideas liberales. Las paredes y los hombres hablan de un pasado que ya no existe. Dos árboles enlazando sus copas, en la isla de Aligre, recuerdan el primer cuadro de Français; y se adivina la mujer desnuda, echada sobre una piel de tigre, á la sombra de las verdes ramas...

«*185*...—Tanteo el periodismo... Ni escuelas ni opiniones. Nada más que insultos, en los cuales no hay cólera siquiera. Sangrientos ataques faltos de convicción. Las injurias que se derrochan contra todo el mundo alimentan el periódico. Escan-

dalos de bastidores, frases llamativas y bromas pesadas. Nada nuevo, ni las amarguras... No hay público; una porción de gentes ayudan la digestión leyendo, y cogen el periódico, levantándose de la mesa, como se toman un vaso de agua después del chocolate; piden prosa ligera y clara.

»Reflexiono; he gozado mucho viendo algunas obras de arte, pero mi vista no me hizo apreciar mayores goces; insensible casi á la naturaleza, más impresionada por un cuadro que por un paisaje real, más atenta siempre á lo que hacen los hombres que á Dios.

«*Julio.*—Hasta los cuarenta, la mujer galante no es hermosa. Un amigo mío, dispuesto á comprar muebles para una señora, mirando con desprecio á las criaturas que veíamos, decía:—Una señora vale tanto, y no cuesta nada»... ¡La primera vez!

«¡Mi querida me dijo que una vez estuvo enferma y no reunió dinero bastante para comprar una docena de sanguijuelas que le recetaba el médico. Me impresionó tanta desdicha, pero disimulé; resulta de mal tono conmoverse mucho! Hay gentes que padecen, teniendo fortuna bastante para comprar todas las sanguijuelas del mundo... El caso es enterarse de si hacen padecer tanto el amor y la ambición, como las privaciones del hambre. Yo creo que sí.

»Ayer, en casa de un exministro, encontré á uno de mis compañeros de colegio, que se propone ser un hombre de Estado. Estuvo toda la noche atento á la conversación de los viejos y sin abrir la boca.—¡Un mozo de porvenir!—debió pensar el exministro, ¡escucha con una capacidad!...

»Admiro los genios libres. Del hombre salvaje á Rembrandt y á Hoffmann ¡qué distancia! Una maravillosa corrupción.

»Hoy he conocido á un modelo de queridas; la de un joven alemán, una italiana bastante cuidadosa de su amante, medio tísico, para impedirle salir de noche, acompañándole, encerrada con él, fumando, hablando, leyendo. Acuden allí dos ó tres alemanes llevando sus pipas, algunas ideas hegelianas y un desprecio soberano hacia la política francesa que les parece *política sentimental.* De día no sale más que de noche la italiana, conservando las costumbres de su país. Cuando publica *El Constitucional* cualquier novela de menos de veinticuatro volúmenes, la traduce para sí, por gusto de trabajar, en pura lengua toscana. Un interior delicioso. Pero en las paredes hay demasiados retratos de amigos y parientes, aquello es un retablo de Amistad. Entre todos los retratos, uno solo me interesa, el de la querida, hecho por la madre del amante.

Enero.—Se aventán las fortunas, ¡qué París! ¡Y los jóvenes mueren! Tan pronto, sin gloria, en silencio... ¡Ah! El boulevard traga mucha carne de vividores y presumidos. Un año, dos años á lo sumo ¡todo ceniza!... Encontré á uno de mis amigos de otros tiempos, que supo detenerse y saldar sus deudas, regularizando su vida. Hablamos de otros camaradas. «¿Y fulano?—Mal, muy mal; tomó dinero al 400 por 100 en las carreras... ¡Lo que ha derrochado!—¿Y aquel gordo, que iba mucho á tu casa?— ¡Hizo al fin una buena boda!—¿Y X?—Retirado con su querida en la única granja que le quedó...—¿Y el pobre Tal?—Se levantó la tapa de los sesos: un pistoletazo ¡pun!» Una serie de catástrofes, de miserias, de ruínas ó de abdicaciones vulgares.

«Llevo un artículo al *Mundo de las Artes*, y conozco á Masson; yo le admiraba y le quería por sus libros. Una cabeza sólida, casi pesada; rostro de líneas duras, acusando la fuerza de un dios mitológico; mirada que descubre con serena calma destellos de una inteligencia poderosa y aspecto de Titán en reposo. Hablando con un hombre alto y moreno; le dice: «Sí; acostarse á las ocho, levantarse á las tres, tomar dos tazas de café muy cargado y escribir hasta las once. Así se trabaja. Me despierto soñando que tengo hambre y veo mesas preparadas para festines... Pongo sobre la mesa papel, plumas, tinta... ¡el potro de mi tortura! Me aburre; siempre me aburrió escribir... ¡Es una cosa inútil! Escribo como un memorialista; despacio, pero seguido, porque no rebusco las palabras. Un artículo, una página, debe hacerse de una vez. Es como un parto; lo que hay sale; si no hay nada, nada puede salir. No me preparo nunca, no pienso; cojo la pluma y escribo. Soy escritor, debo saber mi oficio. Delante del papel, como el gimnasta delante del trampolín. Además, tengo una sintaxis muy bien ordenada en la cabeza: echo mis frases al aire; sé de seguro que al caer quedarán siempre de patas como los gatos. Es muy sencillo: no hay más que tener buena sintaxis. Yo me comprometo á enseñarla, yo enseño á escribir á cualquiera; podría dar un curso en veinticinco lecciones. Vea usted mis originales. Ni una tachadura... ¡Hola! ¡Florissac! ¿No me traes nada?—¡Ah!—contesta Florissac—No me reconozco ningún talento...»

Julio.—Un pájaro canta, gorjeando; gotas de armonía clara salen de su pico; la hierba, crecida, está llena de flores y de mariposas doradas, blancas, azules, y el aire mece los tallos que se humillan con el peso de las espigas; el sol baña la pradera verde; una hiedra oprime una encina, como los hilos de Liliput oprimían á Gulliver; entre las hojas del bosque aparecen pedazos de cielo; los

pájaros trinan y las cigarras aturden; el bosque, animado y confuso; el sol se adormece... y todo esto me aburre como una descripción... Tal vez tienen la culpa dos perros que se detienen junto á mí bostezando.

Marzo 185... Otra vez he visto á Masson en las oficinas del *Mundo de las Artes*. Me felicita por mi artículo acerca de Argel, y haciendo gala de memoria sorprendente, lo describe todo, el puerto, las calles, el café; luego me dice:—De cada cien personas que lean el artículo de usted, solamente dos lo comprenderán... Porque á la mayoría de las gentes les falta *sentido artístico*. Casi nadie ve; por ejemplo: entre veinticinco personas que lleguen por primera vez á estas oficinas, acaso ni dos puedan luego decir de qué color son las paredes. Blanchard entra; pues bien; se irá luego sin haber visto la forma de la mesa: no sabrá si es cuadrada ó redonda. Si trabaja usted con sentido artístico, en forma también artística, si á la idea de la forma, une la forma de la idea... ¡Oh! es posible que nadie lo admire... Para ser comprendido hay que hacerlo así: (toma un periódico) *noticias*, noticias... El idioma se pierde... También dicen que no comprenden mis novelas... y, sin embargo, soy el hombre que más llanamente escribe. Y todo, porque alguna vez uso una palabra que no es vulgar y no la defino. Es imposible definir; un lector cualquiera debe saber lo que significan las palabras, ó averiguarlo si lo ignora. El escritor no puede sujetarse á la vulgaridad y pobreza de sus lectores. Pero, no me importa. Críticas y elogios me resultan iguales porque ni quien me alaba ni quien me desprecia me conoce. Todo mi talento, y no lo ha dicho nadie aún, consiste sólo en que soy un *hombre para quien el mundo visible existe*.

***El realismo se generaliza, precisamente cuando el daguerreotipo y la fotografía demuestran de qué modo el arte se diferencia de la verdad.

***Gozo de las dichas que tantos desean; dinero en el bolsillo y una hermosa mujer, que me ofrece los placeres y no los males de amor; su amor no es temible para ella ni para mí; vivimos en calma y cuando no tenemos de qué hablar, me cuenta historias de sus amantes. Me procura momentos deliciosos, como al verla sonriente y dulce sobre un sillón, mostrando su pecho y sus brazos desnudos, con las ropas medio caídas; ó en el bosque, bajo los árboles, cuando se dibujan con el sol en su cara, los negros lunares de su velo; en alameda solitaria, tendida, con las manos enlazadas, haciendo una corona de sus brazos alrededor de su cabeza, y el vestido flotante; perezosa y blanca... La mujer es mujer; la mía es perfecta; pero á veces, al sentarnos para comer, la dan arrebatos

de conversación. Desde la primera cucharada, no cesa, y refiere sus lecturas de folletines, precipitadamente; y sin darse tregua sigue hasta los postres. Lo sorprendente es que coma, lo milagroso que acabe de hablar y lo insoportable que pretenda ser comprendida.

***Estoy triste; las hojas de un ramo de peonías, una por una, caen sobre el mármol de la chimenea: oigo el ruído sordo que producen al caer; y encima y debajo de mi habitación, risas bulliciosas de mujeres...

***Quisiera ver mi alcoba inundada de sol; que los muebles y los tapices, tuvieran los colores comidos por el sol. El sol me daría ideas alegres y doradas; mi corazón sentiría el fuego de sus rayos, mi alma se bañaría en luz, dulcemente y en una paz encantadora... A medida que los años pasan, el sol me parece más admirable y necesario; el moribundo hace abrir la ventana, para ver el sol antes de cerrar para siempre los ojos.

Diciembre 185...—Estuve la primera vez en el Ayuntamiento para ver en la sala de San Juan, las víctimas de Febrero, embalsamadas y envueltas en camisas de muselina. Volví al Ayuntamiento, segunda vez, y en la misma sala, me desnudaron y me pusieron unas gafas; el consejo de revisión me juzgó, aunque miope, bien formado para húsar. Vuelvo tercera vez al Ayuntamiento, por la noche,

á un baile. Todo es rico y pobre; oro y damasco; apenas terciopelo; magnificencia sin arte; y en las paredes cubiertas de alegorías pintadas por gentes cuyos nombres no quiero conocer, menos arte aún; los medallones peor que los muebles y cortinajes... ¡Ah! ¡La galería de Apolo! ¡la galería de Apolo! Por fortuna los doce mil pares de ojos allí reunidos, no son exigentes. El baile... ¡un baile! como todos; muchos empujones, y hasta se valsa; los alumnos de la Escuela Politécnica giran abrazando cinturas de mujeres, envueltos en gasas azules y rosa.

***¿Por qué nó escribí desde los principios de mi carrera, día por día, el rudo combate contra lo anónimo, las detenciones de la indiferencia y la injuria, el público sordo á mi esfuerzo, el porvenir hacia el cual me dirigía, resignado unas veces y otras desesperado, la oposición de la voluntad impaciente y febril á lo viejo y caduco? ¡Sin amigos y sin relaciones; cerradas todas las puertas!... Aquel silencio tan bien preparado contra todos los que aspiran á la notoriedad; las tristezas y aflicciones que se apoderaban de mí en años lentos, mientras quise inútilmente que la fama pregonase mi nombre... ¡Oh! Agonía muda, interior, sin más testigos que un orgullo sangrando y un corazón desfalleciendo! Esa triste agonía, monótona y sin desenlace, fijada por la pluma en el

momento amargo, cuando es más vivo el padecer: fuera un estudio hermoso, que nadie hará, porque un éxito insignificante, un editor, algunos francos de ganancia, la reputación que hacen algunos cientos de personas desconocidas, tres ó cuatro amigos, alguna publicidad... curan del pasado y nos ofrecen olvido... Huyen muy lejos, aquellas lágrimas devoradas, aquellas miserias, huyen como la juventud. Olvidemos nuestras heridas, hasta que se abran de nuevo.

*** Su proximidad es una risotada, una fiesta su rostro. Cuando ella está conmigo, estoy alegre, y la beso y me besa. Una hermosa mujer: los cabellos rubios y encrespados, los ojos con una dulzura singular, el rostro blando; anchuras y majestad á lo Rubens. Después de muchas bellezas delgadas, rostros demacrados y tristes, frentes cubiertas de preocupaciones, pobres criaturas malhumoradas y susceptibles, hablando el miserable idioma corrompido y malsano de los talleres de artistas y de las zambras nocturnas: la salud, el buen humor y el lenguaje del pueblo, la fuerza, la cordialidad, la exuberancia, el gozo expansivo, el corazón que se revela con ternura brutal, todo, en esta mujer me agrada como un sólido y sencillo manjar camprestre, después de las cenas crapulosas y baratas. Para sostener un torso exuberante y sonrosado, tiene unas piernas bien formadas, como las de una Diana de Allegrain, y un pie con dedos largos como una estatua griega. El hombre á ciertas horas, necesita usar de ciertas groserías; y sobre todo, el escritor, en quien la materia oprimida por el cerebro se venga desencadenándose...

*** No soy feliz como las gentes que usan á manera de chaleco de lana, constantemente, noche y día, el consuelo de una creencia sólida. El sol y la lluvia, me hacen dudar y creer... La vida inmortal me sonríe cuando pienso en mi madre; pero el cielo, tal como la religión lo presenta, no me seduce. Y me juzgo materialista. Pero, si me propongo desmostrarme que son las ideas un choque de sensaciones, que todo cuanto hay de espiritual y sobrehumano en mí, no es más que obra de mis sentidos; me vuelvo espiritualista.

XVIII

Amaneció sin que Demailly lo notase de tal modo le poseían sus recuerdos. El criado entró una carta.

Cortijo de la Espesura, 185...

«Mi estimado Carlos: Mi vida es aquí la de siem»pre, la que tu conociste; sin más diferencia que, »habiendo crecido mis nietas y mis pobres sobri»nas, todas van y vienen, ríen y corren; todas me

»ayudan, hasta la menor; cinco mujercitas y todas »trabajan. Tengo cincuenta obreros. Vivimos re»tirados y somos felices. Alguna vez un vecino »viene á recogerse aquí, le damos cena y cama; »la hospitalidad es la misma de cuando estabas »tú: carne, legumbre, pescado y vino, un hospe»daje de patriarca. Y cuando por la mañana vuel»vo del monte con una perdiz ó una liebre, mis »lindas pequeñas, con sus delantales blancos y sus »cofias blancas, de las cuales alguna melena se »desprende para caer sobre sus mejillas, me »aguardan junto al horno, haciendo unos pasteles, »unos pasteles... ¡que te chuparías los dedos! »Trabajan siempre con afán como hijas del campo, »y eso que tienen todas las elegancias, todas las »distinciones de cuerpo y todas las delicadezas de »alma de las niñas mejor educadas. Las gentes »que veranean en las quintas próximas, algo se »burlan de nosotros; dicen que nuestras costum»bres no son las corrientes, y que vivimos atra»sados; pero en el fondo, todos nos respetan, y »muchos nos quieren bien... ¿Cómo he podido »escribir, que nuestra casa está como siempre? »Después de irte, vino un huésped que te gustaría »mucho. ¿Te acuerdas aún del Sr. Rameau, del »viejo Rameau, de cuya casa escapó tu padre »para ir á la guerra? ¿No anduviste por su casa un »verano siendo niño? Yo, me vanaglorio de haber-

»le hecho rabiar durante diez años, los diez mejo»res años de mi vida. El bueno del cura tenía un »gesto nervioso, y le daba una expresión de asom»bro, que me hacía gracia; tenía mucho amor al »estudio del latín y una memoria prodigiosa. El »gesto nervioso, el buen sentido, el latín, hasta »la memoria, lo conserva todo, á pesar de sus »años. Siempre *devoto* de Virgilio, como él dice. »¿No te acuerdas ya de su jardín, aquel jardín, »cuyos macizos de boj recortado figuraban los »personajes de la Eneída? Estoy satisfecho de que »haya venido, porque sentía una especie de re»mordimientos por las travesuras que le hice. »¡Pobre maestro! Un santo, al cual sólo faltó la »vocación de mártir y el desprendimiento de un »pecadillo, la gula que disfraza con el nombre de »golosina. Tan bueno y con tanta inocencia, que »las niñas, de las cuales ahora es preceptor, le »llaman *bendito de Dios*. ¡Y cómo le cuidan!

»Sí, amigo; aquí tienes tu familia. Nadie te ha »olvidado; las niñas desean verte, la casa toda te »aguarda, y por mi parte... No tuve un hijo; sólo en »tí puedo amar á los que desaparecieron: á tu padre, »á tu madre. Te quiero por ellos, por tí, por mí. »Gozarás de completa libertad. Todo lo que hagas »lo daremos por bien hecho. Encontrarás la bi»blioteca más poblada; no añadí libros raros y vie»jos, de los que se cubren con tapas de tafilete,

»ostentan escudos y figuran en las bibliotecas de »Brunet, sino libros que me proporcionan los mal»ditos libreros de París, que hasta este rincón lle»gan; ya mi despacho y el gabinete no bastan y los »vamos colocando en la habitación contigua, donde »se ponen á secar las frutas. Te lo repito: aquí todo »te aguarda, y el jardín también, que te vió niño, »cuando tu madre te traía, y el bosquecillo, donde »aún recuerdo á veces las agarradas que tuve con »tu padre hablando de las elecciones. ¡Cómo en»vejecemos! ¡Y cómo se van del mundo los que »adoramos! Hace días fuí á Sommereuse. Tenía »que vender trigo. Sentí pena viendo vuestra casa. »Todo ha cambiado. Ahora es una fábrica de limas »y tirabuzones. No hay jardín. El taller ocupa su »lugar; no existe aquel ciruelo de cuyo fruto hici»mos tan ricas tartas. Han tapado los tragaluces »del granero, desde los cuales disparabais manza»nas á los pilluelos. Han derribado el suelo de la »sala donde Treillaget, el maestro de baile del »pueblo, ¿no se llamaba Treillaget? te hacía dar »cabriolas.

»Me pides mi opinión acerca de los artículos »que me has enviado. Mi opinión se reduce á una »palabra: Ven.

»Ven á vivir cuatro meses ó un año; ven á tra»bajar maduramente; procúrate aquí la calma y »el tiempo necesario para la asimilación de la

»observación. Completa con una lectura enorme »y varia, la base de un talento robusto. Escribe »reflexionando, concentra y ciñe tus ideas. Y sal»drás de aquí, donde procuraremos molestarte lo »menos posible, con un libro acabado, en el que »habrás demostrado cuanto puedes y habrás puesto »cuanto vales. Y si no sabes trabajar fuera de tu es»pantoso París, y para tí el campo es, como dices, »el «suicidio intelectual», enciérrate sólo en tu »casa, todo el tiempo que desearíamos tenerte »aquí, escribe un libro y pregúntame luego lo que »opino de una obra realizada en esas condiciones.

»Mi ejército de niñas me pregunta que á quién »escribo. Al contestarlas que á tí, me acosan para »que te diga lo mucho que te quieren. Escríbeme. »No tengo más noticias del mundo que las tuyas. »No leo periódicos. Eres mi único amigo.

»CHAVANES.»

Carlos, después de pasear por su cuarto, hizo lo mejor que pudo hacer. Se acostó, y al poco rato dormía profundamente.

XIX

¡El trabajo! El trabajo, misterio de vida, inexplicable como el sueño, misterio de muerte; un estado activo, en el cual escapa el hombre á las tira-

nías de la carne, y no tiene hambre ni frío; su vista pierde la percepción de lo exterior, para replegarse dentro de sí; el oído sólo siente la música de las ideas y los murmullos cerebrales; el tiempo detiene su aguja, no señala, no mide los días y las noches; la vida y el medio en que se vive no producen sensación; maravilloso letargo de la máquina, casi anulado por el esfuerzo del cerebro; esta renuncia, esta evasión del cuerpo que ofrece al espíritu el vuelo de un alma en el mundo inmaterial de las abstracciones; esa fiebre divina, poseyó á Carlos durante algún tiempo. Fué un girón de su vida sustraído á las realidades. Pasaban las semanas como días; meses enteros pasaban sin aburrir, sin desalentar el espíritu acostumbrado al ejercicio y á luchas interiores; meses durante los cuales, el soberbio egoismo de la inteligencia le apartó de todo lo que significara sentimiento; y á medida que su trabajo era más intenso, más apartado se hallaba del mundo.

Carlos ha seguido el consejo de Chavannes. Hace un libro. En su habitación discurre y se pasea; su andar, á veces tranquilo y otras agitado, es como la pulsación de su pensamiento; se detiene ó se precipita como si le moviera un resorte. Revuelve libros, murmura una palabra, dice una frase. Sus manos caen en los bolsillos de su pantalón, se enlazan á su espalda, se agitan, llenan

de garabatos los papeles al correr de la pluma. Carlos inclina la cabeza, entorna los ojos, aguarda, evoca... Hace noche y silencio en los quince pies cuadrados de su habitación, librándose de las distracciones. Los colores de un cuadro, la mirada de un retrato, el rodar de un coche, una puerta que se cierra, formas y ruidos, pasan como en un sueño. Al principio, en su cerebro, todo es confusión y obscuridad. después el velo que todo lo cubría se aclara, y una luz difusa revela contornos vagos; al fin, la concentración de la voluntad, la fijeza de una mirada interior, acusan las formas, y la perseverancia del esfuerzo, hace brillar los contornos; la idea toma cuerpo, la imagen se produce. Carlos, entonces, aprovecha la visión formulada y la fija en el papel, aquilatándola, probándola, reformándola; á veces, descontento, la desecha, lanzándola en el vacío, donde las ideas mueren sin ruido, sin rastro, como una pompa de jabón al soplo de un niño.

Hundido en un sillón, con los ojos cerrados, la cabeza entre las manos y las manos oprimiendo la frente, como si quisiera forzar la puerta de los ensueños: Carlos aún estrujaba su imaginación, y nuevas imágenes le aparecían, tenues, rápidas inseguras, volando, huyendo... Como vírgenes ruborosas que se hacen rogar y murmuran la más dulce negativa sin abandonarse y sin defenderse.

Carlos insistía, y oprimiéndolas casi físicamente con sus brazos, las fijaba en su obra. Pronto su cerebro excitado, sus nervios tirantes, la imaginación en el paroxismo de actividad lúcida, por una especie de congestión mental, le hacían dominar su concepción, el pueblo de su alma, la Psyquis inmortal, cuya sonrisa es la existencia del Arte humano.

Sentía entonces un goce íntimo, una satisfacción penetrante, orgullo que siente un hombre cuando la obra que realiza le revela su origen divino; un sentimiento inexplicablemente dulce y profundo, semejante á la luz de que Fenelón alimenta en los Campos Elíseos á los bienaventurados; una serenidad altiva, radiante y profunda, algo que se desenvolvía en él como la recompensa de una noble acción; sí, algo que parecía en su espíritu una caricia de su conciencia, le arrebataba sustrayéndole á todo, hasta á los padecimientos diarios de su carne, fatigada y enferma, absorbida, olvidada en el esfuerzo y la sacudida del sér moral, en el movimiento de la sangre, abandonando el hombre para afluir al pensamiento, al cerebro.

Después de la vendimia están en las bodegas las cubas alineadas, el aire saturado con los vapores de la fermentación; las abejas buscan la miel de los racimos deshechos. En el silencio que zumba, se produce un ruido acompasado; gotea el sa-

broso líquido en la espita de madera, y el sol hace de cada gota un rubí. De la uva extrujada salió el vino; también con el hervor de la sangre, cuando zumba el cerebro, de la idea extrujada sale una obra de arte.

En estas luchas, en estos goces, en esta ceguedad, en estos excesos: hasta la impotente laxitud, las ráfagas de calor sobre su frente, la postración de su cerebro empeñado en su excitación alucinatoria, los desalientos perezosos, tenían para Carlos atractivos y dulzuras. Dejábase mecer por estos enervamientos, comparables en sus blandas languideces al abandono del bienestar que precede al desmayo. Luego, sacudiéndolo todo, librándose de tales cobardías, recobraba sus ardores y sus fuerzas y su fiebre; la fiebre que apenas en el sueño le abandonaba. Mientras dormía, el esfuerzo del trabajo aún le agitaba; su pensamiento reaparecía tenaz ante sus ojos entornados, iluminaba su cerebro rendido, cerrado á todas las emociones, como un comercio que durante doce horas vendió sin reposo y al fin solicita obscuridad y descanso; abría la puerta y despertaba la vida, las ideas; y las ideas aparecían menos veladas, menos inseguras, menos esquivas, menos recatadas que por el día, como si la noche las hiciera más hermosas y y más libres, provocaban con sus posturas, con sus coqueterías, con sus atrevimientos, desenmas-

carándose y ofreciéndose á medida que se aproximaba el sueño... ¡Sombras ideales, hadas misteriosas de las noches de insomnio, que dejáis de vuestro sér como única memoria, el polvillo de vuestras alas cuando viene luciendo el día!

Para no turbar este feliz encanto, para no romper esta cadena que une la imaginación al mundo invisible, para evitar el codazo del amigo, el choque de una noticia, el espectáculo de París; para huir de la vida replegándose dentro de su alma, Carlos estaba encerrado todo el día. Por la noche, después de comer, necesitando esparcir un poco *la bestia* (la bestia era su cuerpo), Carlos había imaginado un paseo de digestión por los barrios extremos. Allí, completamente solo, proseguía su trabajo mental. Nada interrumpía su monólogo; vagaba, desentumeciendo sus piernas, mientras en su cerebro se revolvían situaciones y caracteres, la comedia y el drama de sus personajes; buscando, pensando, hallando, creando.

XX

En efecto: aun cuando la obra intentada por Carlos, perteneciese más al dominio de la observación que al mundo puramente imaginativo, requería un plan formado con recuerdos, una invención con datos reales: la idea vivificadora del novelista social. Obligaba el asunto elegido á poner en movimiento muchos personajes, no todos pertenecientes á una *casta*, sino flotando en una *clase*; á inventar caracteres que no fuesen copias ni daguerreotipos, y en los cuales, generalizada la verdad, pareciese un ideal de la realidad; el individuo típico, reuniendo en una sola figura la complejidad y multiplicidad variadísima de numerosos elementos. Necesitaba también armonizar con verosimilitud, la propiedad, el color local, el decorado, el fondo, los accesorios, y todo el medio ambiente del mundo que á todos los mundos toca y se llama LA BURGUESÍA; porque así rotulaba Demailly su novela, en la que se proponía trazar la nueva evolución de las costumbres y del gobierno.

La idea madre, ó el nervio de la novela, era la gradación, el engranaje de tres generaciones de la burguesía, mostradas en tres edades y bajo tres formas. El tronco, el abuelo, comprador de bienes nacionales, el hombre de las fincas, el fundador del patrimonio y la encarnación del sentimiento y de la propiedad; acaparador de tierras, sustrayéndose, aparte del impuesto que pagaba forzosamente, á las grandes leyes económicas de la circulación del dinero; duro para sí mismo, duro para los demás, con esa dureza del terruño que recuerda, en las provincias, la Roma de Catón, y conduce á la servidumbre más humanitaria de las ciudades

las gentes de los campos; era el hombre absolutamente desprendido de la gran familia que llamamos Patria; el hombre que descansa en su egoismo brutal, cerrado á toda razón que no sea para él conveniencia, y partidario de todo poder que no toque á sus propiedades,

Luego venía el padre, con las franquezas, las generosidades, los sacrificios, las aspiraciones, los convencimientos religiosos de solaridad humana ó nacional, todos los alientos entusiastas y todas las pasiones honradas que aprendió en su juventud, asistiendo como soldado á las guerras del Imperio y á las luchas políticas de la Restauración, nobles batallas que habían enardecido su sangre y ensanchado su pecho, dejando impresas en su alma santas doctrinas de honor, como la última compensación de las virtudes burguesas del siglo XVII.

El nieto de aquel abuelo, el hijo de este padre, hombre precoz, podrido á los veinte años por las ciencias experimentales, especie de niño-viejo, reunía en su persona las ambiciones frías, las impaciencias de triunfo, la sequedad y el cálculo interesado, la perturbación del sentido moral por los ejemplos y tentaciones de fortunas escandalosas, todos los excepticismos prácticos de la juventud moderna.

Un tipo de mujer correspondía, en la obra de

Carlos, á cada uno de los tipos de hombre, reforzándolo y completándolo con las pasiones ó las bellezas de un alma femenina, mostradas en las tres generaciones de la familia burguesa. La abuela representaba la mujer anulada por el marido, alejada por él de sus negocios, pero asociada á su avaricia, y no desempeñando en la casa más funciones que las de una prudente ama de llaves. La madre, era la esposa que vive en la comunidad del honor, compartiendo la honrada y pura conciencia del marido; era la santa mujer, la madre de familia, mujer de su casa que vive para sus hijos, dándoles su alma á todas horas, con la encantadora llaneza de un hermano mayor. Al fin la hija, la joven moderna, carácter particular de nuestro siglo, desde su niñez formada en el trato íntimo de sus padres, casi más de su padre que de su madre, con una educación semejante á la del hombre.

Carlos mostraba dos tipos distintos, dos especies de la misma raza: una, ocultando bajo las apariencias de su sexo, el alma de su hermano, su madurez sin corazón, su arraigada voluntad, sus desilusiones y su irreligión precoces, aún más refinadas y sobreexcitadas por su naturaleza femenina; la otra, mostrando su liberal franqueza, la gracia y robustez de su corazón viril, revelaba con su presencia ese gran prodigio: un alma

de hombre honrado en el cuerpo de una mujer honrada.

Tal era el asunto de la novela donde Carlos pretendía ofrecer una síntesis social, pintando con vivos colores la *plutocracia* del siglo XIX, y atraer las atenciones del público, no con situaciones trágicas ni sucesos inesperados, terror y emoción material de la intriga, sino con el desarrollo de los caracteres y el drama psicológico de las emociones y las catástrofes morales.

El retiro de Carlos y su absoluto apartamiento de todo contacto social, mientras vivía solamente para su obra, no evitó que llegasen á sus manos algunos periódicos que le maltrataban. Descubrió en aquellos arañazos dolorosos la pluma de Nachette, ó por lo menos una copia de sus palabras. Era el primer castigo que hace sentir el periódico á quien al abandonarlo se queda sin armas. Todos los resentimientos, odios y envidias que sembró á su paso y dormían bajo su pie, salen de la pasividad y del silencio, levantando la voz con ardores de venganza. Pero Carlos, herido apenas, olvidó, preocupado solamente por su obra ¡de tal modo le poseía!

XXI

Baden, Septiembre.

«Una villa sorprendente, admirable, pasmosa; »calles, posadas, gentío; una villa encantada por »la suerte; una villa imposible, construída en el »aire, removida como un saco de lotería, sonora »como feria de Fortuna; donde se anda sobre apo»plegías de dinero y tazas rotas, donde la vida »vuela. En un cuarto de hora un millonario tiene »deudas y un criado coche; el infierno del Dante »templado por la esperanza, una esperanza loca. »Una villa que no es más que una mesa de juego »sobre la cual bailan de noche; una villa donde »no hay hombres ni mujeres, ni humanidad, ¡nada! »no hay más que manos tirando y recogiendo el »dinero. Tampoco hay naturaleza; los árboles no »son más que retazos del tapiz verde y el cielo... »¡no hay cielo! porque nadie levanta la cabeza »para contemplarlo. Una villa de locos donde los »más cuerdos hacen cálculos y números para ven»cer la suerte; una villa en la cual el dinero no es »dinero; no es un valor, una cantidad, un trabajo, »una razón y un buen sentido: es un sueño, un »juguete: capricho, viento, lluvia y azar. Esa villa »es Baden, amigo mío, y en Baden estoy.

»Era... ¿qué día? Creo que anteayer. Tomo